LA CALLE ÁNGEL FLORES DE GUASAVE

Recuerdos de un lugar, una época, un ambiente (Relato)

Manuel de Atocha Rodríguez Larios

LA CALLE ÁNGEL FLORES DE GUASAVE

Recuerdos de un lugar, una época, un ambiente
(Relato)

LA CALLE ÁNGEL FLORES DE GUASAVE

Recuerdos de un lugar, una época, un ambiente
(Relato)

Manuel de Atocha Rodríguez Larios

creativos EDITORIAL

La calle Ángel Flores de Guasave.
Recuerdos de un lugar, una época, un ambiente.
Manuel de Atocha Rodríguez Larios
Todos los derechos reservados por el autor.
Registro en trámite ante el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Primera edición:
Creativos7editorial:
Baila 871 Col. Gral. Antonio Rosales
Culiacán Rosales, Sinaloa, México
C.P. 80230
Tel. (667) 172-0685 y 175-7817
E-mail: creativos7editorial@hotmail.com
Diseño editorial:
Jesús Jaime Hernández Ibarra
500 Ejemplares

MATERIAL CON FINES ACADEMICOS
Los libros hacen hombres libres.
Hecho en Sinaloa-México
Printed in Sinaloa-México

DEDICATORIA

A mis inolvidables compañeros, entrañables amigos de la Calle Ángel Flores, con quienes comparto y disfruto recuerdos inmarcesibles de una niñez feliz.

PRESENTACIÓN

La Calle Ángel Flores es un relato de remembranzas, seguramente con algunas imprecisiones pues corresponden a un período cuyos nebulosos extremos corren aproximadamente de 1939 a 1943. Salieron, más del corazón que de la memoria y fueron escritas sin investigación de campo, salvo pequeñas indagaciones para reforzar mis recuerdos, principalmente con miembros de mi familia y algunos amigos contemporáneos. Considero muy posible haber sufrido algún *lapsus memoriae* y haya equivocado fechas, omitido nombres, confundido personas o interpretado erróneamente algún hecho, por lo cual pido disculpas a viejos habitantes del barrio, familias mencionadas (o no) y personas cuyo nombre pueden habérseme perdido en los vericuetos de la edad y los confines del tiempo. Pudiera, pues, haber cometido algunas –y lamentables- inconsistencias, pero tengo una deliciosa disculpa: son evocaciones de una niñez felizmente vivida junto a inolvidables compañeros, entrañables amigos y personas de inmarcesible recuerdo.

En casi todos los diferentes temas, incluí una fracción de unos malos versos que se me ocurrieron hace algunos años y que de alguna manera fueron base para los primeros esfuerzos encaminados a recordar sucesos y vivencias de aquellos años felices en mi aguerrida calle Ángel Flores

Esta narración fue concebida originalmente como un trabajo para participar en el Concurso de Relato Cobaes 2009, pero después de haberlo presentado, encontré bajo la almohada, en la soledad de mi estudio, en el arcón de los recuerdos, en conversaciones con hermanos, amigos, vecinos y en repetidas visitas a mi añorada calle Ángel Flores, algunas otras reminiscencias que algún día deberé incorporar a alguna posible reedición de este relato.

El Autor

A MANERA DE PRÓLOGO

Sinaloa, un corte transversal

De don Manuel de Atocha Rodríguez Larios tendremos que decir que no sólo es el cronista de Guasave, sino que sus incursiones en la radio y en el periodismo le han dado una percepción de la realidad que sabe decantar lo que se queda y lo que se va. ¿Cuántas veces habremos escuchado o leído a cronistas que lo son solo de amarillentas páginas de sociales de alguna rimbombante publicación? La crónica es la gente, las personas que están aquí y ahora, aquellos que se han ido, pero que sus acciones permanecen.

Manuel de Atocha sabe ser el tamiz de la memoria, y nos permite dimensionar a todo un pueblo a través de la recuperación de la vida y los personajes de una calle de Guasave, la Ángel Flores, pero que le ha dado trascendencia a su comunidad.

A través de esta recuperación de la memoria, Rodríguez Larios nos permite reencontrarnos con juegos, usos y costumbres que se han ido perdiendo. Cambia el paisaje: el urbano y el humano. Los niños se hicieron hombres, aquellas niñas son damas de amorosa alcurnia y linaje familiar, no el del relumbrón del dinero sino el de los afectos de los amigos y vecinos.

Aquellos señorones que en una pequeña tienda y un mostrador, con las habilidades de un oficio u ocupación, se empeñaban en construir su mejor obra: una familia de bien. Buscaron siempre preparar a la prole, ahuyentar las malas influencias, reprimir sus negativos impulsos, y más

que casas bonitas y muebles de elegancia, eran hijos productivos, educados para salir adelante con alguna ocupación o profesión y, sobre todo, con buenas costumbres, enraizadas en los clanes familiares, en las alianzas solidarias de sangre, amistad y vecindad.

A la distancia, la crónica de Manuel de Atocha nos da cuenta de todo lo que hemos perdido, ahora inmersos en la vorágine del tener más, acumular más, a cualquier precio, sin importar nada. Esta memoria de la calle Ángel Flores de Guasave es una verdadera enseñanza de valores, que hoy por cierto se busca con tantas ansias; pero no es una prédica discursiva, de las que se pierden sólo en lecciones de moral.

En este retrato de época, la amorosa conducción de los padres, la vigilante preocupación de las madres por los críos, nos evidencian el desgano de los padres actuales por cumplir su primer deber de sacar adelante a la familia, en todos los sentidos, y no sólo en fortaleza de las finanzas o el oropel de la vida social.

Todo ello hace que valoremos esta crónica que no desdeña el depurado estilo de Manuel, tan cercano a la literatura, como lo acreditan sus incursiones en el cuento con probada fortuna y premios en su haber.

José Armando Infante Fierro
Cronista de la ciudad de los Mochis
y del municipio de Ahome

Los Mochis, Sin., 6 de julio de 2010.

LA CALLE ÁNGEL FLORES DE GUASAVE

*Recuerdos de un lugar, una época, un ambiente.**

Manuel de Atocha Rodríguez Larios

INTROITO

Los primeros datos registrados claramente en mi memoria son noticias de la Guerra, la Segunda Guerra Mundial. Los ecos de la gran conflagración mundial sacudían a los moradores de la calle Ángel Flores de Guasave, Sinaloa. Todos los acontecimientos anteriores son confusos. A partir de entonces, mis recuerdos se expanden como las ondas circulares en el agua y, en las tardes tranquilas, arrellanado en mi sillón, frente a mi computadora disfruto de una taza de café, molido en casa y colado en talega, a la manera de antes, mientras evoco el ambiente, los rostros, los nombres, de las gentes, las familias y por supuesto de los chamacos quienes, a fines de la década de los treintas, residíamos en el barrio de esa calle y sus inmediaciones. Cuando mi pensamiento se remonta hacia el pasado, siento en mis labios aflorar una sonrisa envuelta en deliciosa nostalgia evocar el tranquilo ambiente, la camaradería, el gozoso transcurrir del tiempo sin preocupaciones y ante todo aquella sólida amistad, nacida en la infancia, cuya fuerza unió para siempre, sin distinción de orígenes, posiciones sociales ni económicas, a un grupo de chamacos cuyo punto de reunión era un solar baldío frente al edificio de la oficina de Correos y Telégrafos. Este espacio servía lo mismo para jugar a las canicas, al béisbol, futbol, a "la cuarta escondida", a los "quemados", como cuartel general de "los bandidos" y hasta para organizar improvisadas competencias de trompo o balero. Por su

parte, las niñas y los niños más pequeños, podían corretear, brincar la cuerda, jugar a la *Rabia* a *La Monja y el Diablo* o cantar espontáneas y mágicas rondas infantiles.

LA REGIÓN

A pesar de haber sido fundada tres siglos y medio atrás, Guasave era en realidad de dimensiones muy modestas: una pequeña población junto al río Sinaloa, en el centro de un extenso, hermoso, valle extraordinariamente fértil, en cuyo espacio se ubicaban haciendas y poblados, enclaves de familias la mayoría de origen español, cuyas casas solares habían favorecido la formación de asentamientos humanos mas o menos tan importantes como Guasave mismo. La *Bebelama* de la familia Menchaca, *Salsipuedes* de la familia Camacho, *Cubilete* de la familia Valenzuela, El *Triunfo* de los McConegly, *La Trinidad* de los Echavarría, *El Amole*, de los Ahumada y *El Burrión* enclave de las familias Sánchez y Pérez Sánchez, eran prósperas haciendas o ya importantes poblaciones rurales mientras Guasave, aunque ya con la categoría de "villa", se alimentaba precariamente de las migajas que caían de sus opulentas mesas. Por supuesto, este solo fue un elemento de menor cuantía entre los muchos factores de su retardado crecimiento urbanístico pues el gran problema de nuestra población estaba representado por el aislamiento casi total del resto de la República. Caminos pavimentados eran solo un sueño única forma de viajar o trasladar mercancías era a bordo del Ferrocarril Sud Pacífico de México, cuya legendaria lentitud, impuntualidad e ineficiencia le habían conseguido el mote de *Sudpaciencia*. Para rematar, Verdura, la estación más cercana, quedaba a 22 kilómetros de un polvoriento camino, mal revestido de grava, denominado pomposamente "carretera".

Las poblaciones importantes más cercanas eran Los Mochis al Norte y Guamúchil al Sur cuyas únicas conexiones con Guasave eran tortuosas estradas, brechas punto

menos caminos de herradura. Durante el período lluvioso del verano, el "tiempo de aguas", era *casi* imposible viajar por estas vías de comunicación pues a lo largo de sus rutas el agua originaba la formación de enormes lodazales de un barro chicloso; en ellos, los vehículos invariablemente se atascaban hundiéndose hasta los ejes. No obstante su aislamiento, la economía guasavense era de primer orden pues sus fértiles terrenos se regaban mediante un sistema hidráulico cuya arteria principal era el canal Valenzuela, uno de los primeros construidos en nuestra República; este riego permitía una extraordinaria producción de maíz, frijol y garbanzo lo cual generaba un auge económico independiente pues la producción garbancera de sus fértiles campos se llegó a exportar, directamente a España. En la región se decía: "Por el Canal Valenzuela no corre agua sino plata pura".

"Hubo un Guasave viejo, con sabor de guayaba,
de ciruela yoyoma, de mango y de pitaya.
Mientras los garbanzales cubrían todo el valle
se sembraban sandías al final de la calle..."
("Guasave viejo")

EL ENTORNO

La calle donde vivía mi familia, fue denominada así en honor del General Ángel Flores, quien en 1917, siendo gobernador de Sinaloa creó el municipio de Guasave; en ese tiempo era la vialidad más importante del pueblo. Comenzaba al Oriente en la vega del río Sinaloa, mientras por el Poniente se resolvía en un camino directo a la hacienda de la Bonanza del Cubilete. Es una calle de cuadras irregulares, algunas larguísimas y otras algunas extremadamente cortas como la ocupada por la cárcel pública, donde también estaban las oficinas de la presidencia municipal. En los años de la Guerra, la calle Ángel Flores, como todas la demás de Guasave no tenía pavimento, drenaje ni

distribución de agua potable por tubería; solo estaba recubierta de grava; por tanto, cuando caía alguna de esas lluvias torrenciales comunes en la región, se formaban unos enormes charcos que tardaban varias semanas en secarse, los tales charcos, como puede imaginarse eran la delicia de las bandadas de niños. Durante algunos fuertes chaparrones muchas veces salíamos de casa para disfrutar de las gruesas gotas, frescas, sabrosas, sobre nuestros cuerpos. Luego, correteábamos salpicando a nuestros compañeros, sintiendo en los pies la caricia del suave lodo formado con el polvo de la calle y haciendo navegar barquitos de papel y dejándolos surcar la correntada hasta el confín del Universo. Dejábamos de meternos a los charcos días después, cuando el agua estaba ya verde de algas y pululaban renacuajos de todos tamaños, chiquitos formados por una bolita negra y cola transparente hasta los desarrollados ya mostrando rudimentarias patitas traseras, palmeadas, mostrando su vocación de cantadores nocturnos.

"El pueblo de ese entonces, solo estaba formado
por cuatro callejones, el templo y el mercado,
dos boticas, tres tiendas, el correo, la escuela
y sembrada de flores la cuadrada plazuela."
("Guasave viejo")

Como no había alumbrado público, cuando uno necesitaba salir de noche siempre debía llevar una lámpara de pilas para alumbrar el camino. Consecuentemente con la falta de energía eléctrica, en los hogares y comercios todas las tardes se cumplía con un ritual, ingrato pero absolutamente indispensable, limpiar el hollín del tubo del quinqué, llenarle de petróleo el depósito y recortar el carbón de las mecha, procedimiento para conseguir una llama pareja y sin humo. Ciertos establecimientos comerciales y algunos hogares de clase alta utilizaban unas lámparas que producían luz muy brillante cuyo combustible era bencina, denominada coloquialmente "gasolina blanca"; estas

lámparas también tenían lo suyo pues en el quemador llevaban capuchones de hilo de seda; una vez encendidos, estos se convertían en una fina malla de carbón sumamente delicada pues se perforaban hasta con una mala mirada.

"Aquel Guasave antiguo, con quinqués se alumbraba,
no tenía pavimento, teléfono, ni radio
pero era un lugar alegre y a nadie le importaba
porque en la orquesta Ibarra, Pedro Infante tocaba."
("Guasave viejo")

El agua para consumo humano era extraída de pozos de unos cuatro a seis metros de profundidad, ubicados casi siempre en los patios de las casas, pero también la proveían personas ofreciendo puerta por puerta agua limpísima extraída de pozos excavados en el lecho del río. La distribuían en tambores de 200 litros montados en carretas de tracción animal. Los alimentos se cocinaban en hornillos de leña, proveído el combustible por vendedores cuyos transportes usuales eran sufridos borricos cargados de haces hasta los límites de su resistencia física. En algunos hogares se utilizaban estufas de hierro colado cuyo combustible generalmente era carbón o leña de mezquite; en tanto, el menaje de cocina se reducía a unas ollas y sartenes de peltre pues se le daba preferencia a la loza de arcilla. Un grueso comal de barro sigue siendo la mejor superficie para cocer tortillas de maíz y, sin duda, para cocinar frijoles y hacer tamales, la gran olla de barro es indispensable. Sin embargo la apoteosis del comal de barro se quintaesenciaba cuando las viejas cocineras de naguas largas, negras y chanclas de mezclilla, inclinadas sobre la hornilla tostaban café conjugando el olor acaramelado del azúcar fundido con la fragancia de los verdes granos traídos de la Huasteca potosina. Entonces el humilde disco de barro esparcía por todo el Universo la tonificante fragancia

"La cocina, ajuarada con ahumados comales
donde el ama de casa calentaba tamales,
convocaba en las tardes a comer la tortilla
con horruras, frijoles y guisado de ardilla,"
("Guasave viejo")

Mi familia había llegado de la Baja California pero a mis padres les encantaban la cocina local, así pues, casi siempre comíamos a medio día: guisos hechos según viejas recetas de las abuelas guasavenses: colachi de calabacita con elote; "asado sinaloense" (carne cortada en trocitos guisada con verdura); caldo de queso, frijoles yorimuni, costillitas de puerco con chile colorado, verdolagas, quelites, flores de calabaza rebozada, tamales de ejote, "cocido" de res, tortillas con horruras y en ocasiones "cazuela" cuyo ingrediente principal era ubre de vaca. Además, con agradable frecuencia, alguna familia vecina nos mandaba un platito de dulce de calabaza, cocida con panocha, delicioso postre saboreado tanto por niños como adultos mientras se disfrutaba un vaso de leche fresca. En las mesa de la tarde siempre había una charola con "pan de mujer", el oloroso pan casero imprescindible para la cena.

"... colachi con elote junto al plato de asado,
costillitas de cochi con chile colorado.
Calabaza con leche terminaba la cena
junto al fuego benigno de la hornilla de leña."
("Guasave viejo")

Aunque al oriente de la calle Ángel Flores las primeras casas estaban ubicadas en terreno alto, terreno firme por donde corría la calle Libertad llamada hoy General Antonio Norzagaray, en realidad comenzaba con algunas casucas construidas en el vallado del río Petlatlán. Durante el verano, en esa fértil vega había cultivos de maíz y frijol, pero, justo donde terminaba nuestra calle la parcela estaba sembrada de grandes y deliciosas sandías, tentación y

temor para la chiquillería porque eran custodiadas celosamente por *El Tista,* hombre alto, macizo, con huaraches de tres puntadas, sombrero de cuatro pedradas, una faja de lana negra en lugar de cinturón y armado con una terrible honda cuyas piedras tenían alejados a los *chanates* y a los ladronzuelos. Ahí junto a la fresca correntada del río Petatlán, se podían saborear, no solo sandías sino guayabas, guamúchiles, mangos, ciruelas yoyomas y cacaraguas: esas frutillas rellenas de dulce y traslúcido jarabe. Para lo chamacos de las comunidades había, además, frutas del monte: deliciosas pitayas, cuajilotes, capomos, ubalamas, papachis, bebelamas y guayparimes.

"Sabores que persisten de las frutas del monte:
cuajilotes, capomos, papachis, bebelamas,
terrosos guayparimes, guamúchiles, aguamas,
¡y el transparente néctar de aquellas cacaraguas!"
("Guasave viejo")

Subiendo del bajío, comenzaba verdaderamente el casco urbano productor de un hervidero de chamacos que tarde a tarde aturdían el ámbito con gritos y carreras en un pequeño sector dentro del cual se localiza la plazuela Hidalgo, olla donde se cocían todos los moles cívicos (y románticos) de aquellos tiempos; alrededor de las amplias aceras de cemento pulido había bancas con patas de hierro y listones de madera. En el centro, rodeado de flores, un pequeño quiosco también de madera con piso de duelas. Era una hermosura cómo resonaba al ritmo alegre de bailables presentados después de concluir los desfiles organizados por las escuelas. Por cierto las dos únicas que recuerdo eran: el Centro Escolar 18 de Marzo y la Escuela Particular Agustina Ramírez. La "18 de Marzo" estaba situada a solo una cuadra de la calle Ángel Flores, pero para nosotros estaba tan lejos como el centro de África y respecto a la escuela particular, mientras viví en la Ángel Flores nunca supe dónde estaba. Así era de limitado mi horizonte.

La única diversión digamos... mundana, de aquellos chiquillos guasavenses era el cine, el Cine "Murcia", el cual no se ubicaba sobre la calle Ángel Flores pero estaba a unos escasos cincuenta pasos de esta rúa y, como podemos imaginar, era llenado de bote en bote por la gente menuda cuando proyectaban películas de vaqueros, charros, aventuras en la selva o viajes interplanetarios. Por la parte correspondiente a la juventud había bailes, reuniones sociales y por supuesto alguna kermés con fines benéficos: festejos llenos de alegría donde había diversión para chicos, medianos y grandes. Recuerdo a los "policías", lindas jóvenes, uniformadas con quepís, portando pistolas de madera, ellas aprehendían a los renuentes a "casarse", después comparecían con la novia ante un "juez" de enormes anteojos, quien leía de gruesos libracos una lista de jocosas "obligaciones maritales". De no aceptar el matrimonio eran recluidos en cárceles de cartón y rejas de estuco donde salían a "casarse" o mediante el pago de fuerte "multa". Se vendían cacahuates, pico de gallo, fruta rebanada, champurrado, tamales, bizcotelas, frijoles "puercos", aguas frescas (tamarindo, ciruela, limón y jamaica), además deliciosos ponches de rompope con té de canela, a los cuales se agregaba, para adultos y mayorcitos, un "piquetito" de alcohol.

En domingos, días de guardar y a veces en días ordinarios, después de asistir a la obligada misa, los jóvenes paseaban alrededor de la plazuela, las jovencitas gustaban saborear raspados de rosa, de vainilla o de limón (después se pondrían de moda los de ciruela o durazno), en ese tiempo también podían tomarse una soda, producida en el mismo Guasave por la embotelladora de don Noé Ortiz. Mientras paseaban, piropos de por medio, los jóvenes captaban y decodificaban los mensajes contenidos en las sugerentes miradas de las beldades adolescentes del rumbo.

"Aunque chico, Guasave desbordaba de orgullo
viendo pasar airosas las hembras en capullo,

con rostros casi de ángel y con cuerpos de diosa
tomando, muy coquetas, sus raspados de rosa."
("Guasave viejo")

A los señores y señoras "grandes" nadie les prestaba mínima atención, excepto a nuestros padres de nuestros amigos. Estaban fuera de nuestro mundo y bien podían haber habitado el planeta Mongo; ignorábamos, pues, a qué se dedicaban y raramente cómo cuál era su nombre. Respecto a diversiones muy mundanas, deben haber existido algunas cantinas y quizá algún cabaret, pero en mi memorial solo aparece una cantinucha denominada "El Gato Negro" donde por primera vez escuché a una banda de música tocar "Corazón en la mano" y me gustó mucho.

Cuando ya era muy tarde para estar en lugares públicos, los jóvenes se reunían en la casa de algún amigo o amiga a platicar, cantar acompañándose de guitarras o a entretenerse con juegos de salón, dinámicas grupales en las cuales a veces participábamos los niños y en ocasiones también los señores de la casa. Los más viejos recordarán con gusto estos juegos: el "Teléfono descompuesto", el "Cómo lo viste" y la infaltable perinola con marcas de "toma todo" o "todos ponen".

LOS JUEGOS EN LA CALLE

Respecto a los juegos practicados en la calle o los baldíos, siempre recuerdo con agridulce melancolía los juegos de grupo practicados nosotros, por aquellas briosas fuentes de inagotable energía atómica, disipada en mínimos porcentajes aunque corretearan sin descanso durante horas y horas. Los chiquitines jugaban a la *rueda de San Miguel*, a la *naranja dulce* y al *matarile* mientras los más grandecitos jugaban a las *escondidas*, la *cuarta escondida*, *los encantados*, *los quemados*, *la monja y el diablo* o simplemente a la *rabia*, juegos todos para corretear y terminar sudorosos y satisfechos, pero para los hombrecitos uno de los más socorridos

era *los bandidos* para lo cual, armados hasta los dientes con pistolas formadas con unos pedazos de tabla, tratábamos de sorprender a los contrarios y "matarlos". En estos juegos todos queríamos ser el Llanero Solitario o Búfalo Bill. Por cierto, que yo sepa, ninguno de aquellos "bandoleros", eligió de adulto esta peligrosa profesión.

La mayoría de los juegos para los chamacos del tiempo, han sido olvidados. Afortunadamente quedan algunos de ellos de gran universalidad y vitalidad y se practican especialmente, utilizándose como dinámicas grupales organizadas, en cursos o dentro de aulas escolares. Otras prácticas, entre ellas las diferentes variedades de juegos de canicas, los inolvidables trompos, los baleros y los yoyos, todavía llegan por temporadas propagándose como epidemia entre la chamacada. Por cierto el yoyo nunca "pegó" con fuerza en Guasave y respecto al *balero*, confieso, paladinamente, jamás pude echar un "*capirucho*", ni siquiera con balero de tambo, a pesar de haberlo intentado unos diez millones de veces.

Las variantes de juegos de canicas (para nosotros eran *catotas*) más populares practicadas en el baldío frente al Correo eran la rueda y el ahogado. Había otros dos, olvidados ya en aquellos tiempos. Los pocitos y la carroza. Para jugar la rueda, se trazaba en la tierra, con una rama seca, un círculo de diámetro mínimo de un metro y medio; dentro se ponía la cantidad de entrada: cuatro cinco o más canicas por jugador; de ahí había de sacarlas al exterior golpeándolas con otra canica, ligeramente más grande llamada "tiro". Cuando el jugador las sacaba, se quedaba con ellas, excepto en el caso de quedar dentro del círculo, entonces, si un rival lo "mataba", perdía sus haberes. El ahogado se jugaba en un círculo más pequeño, digamos 30 centímetros, cada uno entraba colocando dentro de este espacio el número de piezas pactado y se tiraba por turnos. Las canicas habían de golpearse con el "tiro" para sacarlas fuera del círculo; si el "tiro" quedaba dentro, el jugador se ahogaba, y perdía todo derecho sobre las canicas quedaba

fuera, pero quien ya había sacado alguna adquiría el derecho de "matar" al contrario y arrebatar como botín las piezas que hubiese cobrado.

En otras regiones había variantes de estos juegos y aunque recibían diferentes nombres básicamente eran los mismos. Todos tenían un espantoso ceremonial; regulaciones, leyes y protocolos muy precisos las cuales no estaban escritos pero debían ser aplicados ritualmente y ejecutadas al pie de la letra; por esta razón al iniciar un juego debían acordar las reglas valederas para esa ocasión; de lo contrario, alguien podía sacar alguna norma olvidada... y ahí terminaba tu vida.

"Las pepitorias eran delicia de los niños;
pirulines, torrejas, coricos, cortadillos,
y la sonriente cara de la comadre Chole
mostraba, en esperanza, atole de pinole."
("Guasave viejo")

Frente de la plazuela Hidalgo, proyectando su sombra protectora estaba y sigue estando el templo de nuestra señora del rosario con dos torres muy jesuíticas y un hermoso interior donde la Virgen María, en su advocación de Virgen del Rosario, derrama sus bendiciones y proclama su fama de milagrosa por toda la extensa región misionada por los sacerdotes de la Compañía de Jesús, quienes apersonados en el padre Martín Pérez, fundaron Guasave en 1592. Respecto a la imagen de la Santísima Virgen, el padre Eusebio Kino, en carta de 1687, dice: es "una de las más hermosas que ojos humanos hayan visto". La leyenda acerca de la escultura relata la llegada a templo de Guasave una recua de mulas cargada con imágenes de diferentes santos cuyo destino era la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, pero, según la citada leyenda, "la Virgen quiso quedarse con los guasavenses"; desde entonces se celebra una romería el primer domingo de octubre repitiéndose en el último de noviembre.

Año con año evoco la feria como atractivo centro reunión de una multitud variopinta de peregrinos, la mayoría rancheros, gente de la sierra y algunos de otros estados. Venían en romería para venerar a la Virgen del Rosario y a comprar algunas cositas con dinero penosamente ganado durante meses y meses. Estos ahorros emigraban con pasmosa celeridad de sus pañuelos anudados para ir a llenar los bolsillos de los tahúres, engañabobos y fulleros, quienes pululaban en la feria a la cacería de incautos *sierreños* a quienes prometían ganancias fabulosas al acertar "fáciles" albures en la baraja; adivinar en cual de tres medias nueces estaba una pelotita de cera, o bien pajaritos adivinos de la suerte y del futuro. Había exhibiciones de la "Mujer Araña" o la "Niña Culebra" y rifas trucadas donde jamás obtuvo alguien, un premio cuyo valor fuera mayor de diez centavos.

En una ocasión, tuve la buena suerte de estar presente cuando cierto funcionario municipal pagó un boleto y al abrirlo exclamó emocionado ¡el setenta y tres!, número cuyo premio era una cámara fotográfica Kodak; el dueño del negocio vio el papelito y gritó asimismo: ¡el setenta y tres! y su ayudante entregó rápidamente la cámara. Pero ocurrió un hecho imponderable: entre entrega, recepción, alabanzas y felicitaciones, el papelito ganador se le cayó al funcionario. Lo levanté y ¡era el 408! el dueño sacó una linda pistola de petardos con cilindro giratorio, me la dio y dijo: "Te la cambio por el papelito, pero no le digas a nadie". Desde ese día, jugué a "los bandidos" con un hermoso revólver de cachas blancas y funda de cuero.

Había, por supuesto comerciantes serios, oferentes de surtidos heterogéneos cuyos puestos, denominados popularmente "varillas", formaban un mosaico multicolor y poliaromático alrededor de la plazuela donde, entreverados con puestos de tlaquepalqueña loza de barro, había sabrosos dulces de Guadalajara, plata de Taxco, artesanías de Tonalá, suéteres tejidos en Moroleón, tacos de Sahuayo, obra de lana de Puebla, cobertores de Chinconcuac, guita-

rras de Paracho y, para los chamacos, juguetes, juguetes, juguetes, novedosos juguetes de ínfima calidad, manufacturados de frágil madera de ceiba o delgadísima hojalata pero deliciosamente exóticos para los pueblerinos ojos de la chamacada de la calle Ángel Flores a quienes se nos salían los ojos (y las babas) ante aquella tentadora oferta, abigarrada, infinita e inalcanzable.

"Ya centenario, el templo, resguardando la imagen
de la virgen y el niño, domadores del agua
del río imprevisible y derramando sus dones
su sonrisa muy dulce llenaba de perdones."
("Guasave viejo")

LAS FAMILIAS

Apenas se subía del vallado tenía su casa Miguel, "El Tejano" Sánchez, operador de proyectores del Cine Murcia, única sala cinematográfica en el centro de las 200 mil hectáreas del municipio y a donde acudíamos en tropel a ver las películas de "El Llanero Solitario", "Tarzán", "El Imperio Submarino" o la "Invasión de Mongo". La familia de *El Tejano* eran dos hijos: Jesús y Marcos, y dos hijas, Esperanza y Rosa, los muchachos llevaban el mismo apodo de su papá ("Chuy Tejano" y Marcos "Tejanito"). Chuy, el mayor, era requerido constantemente por la bola de amigotes pues, por una pequeña puerta detrás de la pantalla, subrepticiamente nos franqueaba el acceso a la sala de luneta.

Pasando la calle vivía don Dumit Malacón, simpático y bonachón libanés, quien tenía un pequeño pero bien surtido negocio en la esquina de la Ángel Flores con la calle Madero. Tenía una muchacha: la hermosa Badro y dos hijos Oscar y Sergio, quien era de mi "camada". Casi enfrente pero más hacia el río, vivía la señorita María López quien acompañada de otra señorita, Irene Borboa (eran concuñas, creo) formaban una inquietante dupla de damas de cierta

edad, señoritas solteras a quienes toda la gente menuda sacaba la vuelta tanto cuanto podía pues eran las encargadas de meter la religión en nuestras enmarañadas cabezas, y casi lo lograban a base de repeticiones de infinita largura, impetraciones y plegarias con refuerzo de Avemarías, Padrenuestros y catecismo del padre Ripalda. Uffffff... oraciones que se resbalaban de las infantiles molleras mientras nuestras imaginaciones vagaban por los infinitos espacios siderales, repletos de distantes mundos extraterrestres y aventuras por floridas praderas o áridas serranías cinematográficas donde vaqueros arrogantes, usando sombreros tejanos de copa alta, chaparreras peludas y dos pistolas con cachas de nácar, libraban larguísimos combates a balazo limpio contra enfurecidas turbas de emplumados pieles rojas montando ágiles caballos pintos y lanzando horrísonos aullidos de guerra mientras arrojaban nubes de flechas galopando en círculos alrededor. Por su parte los aventureros blancos, se defendían parapetados tras sus carretas disparando millones de balas, indio por cartucho.

Por cierto, a ninguno de los chamacos de la época se nos ocurrió jamás cuestionar el mágico funcionamiento de aquellas pistolas abastecidas con amunicionamiento ilimitado y capaces de disparar balazo tras balazo, durante días enteros, sin agotar jamás sus reservas de cartuchos; bueno; respecto a la provisión de balas, había una excepción: al "muchacho", es decir al protagonista, se le terminaban las balas justo cuando el Gran Jefe Siux, de torvísima faz, tocado con impresionante penacho de plumas, saltaba de su caballo lanzando horrorosos alaridos arremetía contra él atacándolo *tomahawk* en alto, con la evidente, indeseable y aviesa intención de arrancarle el cuero cabelludo.

En la esquina de la cuadra de los Malacón, bastante corta comparada con todas las demás de la acera Sur de la Ángel Flores, estaba la cantina "El Gato Negro", piquera maloliente. Un buen día desapareció. Tal suceso no tuvo la menor importancia para las rugientes fuerzas infantiles de la Ángel Flores.

En seguidita de la tienda de don Dumit, estaba otro de los centros de reunión infantil cuyo aglutinante principal era la afición por el futbol: la talabartería de don Ramón Díaz y doña *Tina*, una casa donde según proclamaban "los Tachis", sus hijos, había vivido Pedro Infante, quien para esas fechas ya era artista de cine y famoso cantante. En la talabartería olorosa a cuero recién curtido, le ayudaban sus hijos Ramón "El Tachi", y Everardo "El Chato"; había otros dos hijos, el Chambo y Juanito, pero por su edad pertenecían a la "morrallita". La morralla era un estrato de edad inferior a los cuales solo ocasionalmente se le permitía integrarse a la hiperactiva pandilla del baldío comunal. Las dos hermanitas: Irma "la Ñeca" y una bebé, apodada, por supuesto, "La Niña" estaban off-side. Los "Tachis" fabricaron para todo mundo los primeros zapatos para futbol que hubo en Guasave clavando amenzantes tacos de durísima vaqueta, en la suela de los altos y tiesos borceguíes mineros de gran moda infantil de esos días y usados por los futbolistas en agraz para patear aquellos balones de cuero cuyo peso llegaba fácilmente a media tonelada.

En frente de la tienda de don Dumit, estaba la casona de don Ignacio Bórquez Seyfert, casado con doña María de los Ángeles Zazueta (cariñosamente doña Güerita), la pareja formaba su familia con Ignacio, Pedro, Graciela, Héctor (el Güero), María Luisa, Chabelita, Tila, Machángeles y Pancho. En la esquina tenía su consultorio su yerno, el odontólogo Martín Vega y Vega, a quien por su profesión todo mundo le tenía horror. En realidad era un hombre de agradable presencia, pulcro, afable y tranquilo, pero la temblorina que nos acometía en su presencia no la causaba su personalidad sino por el recuerdo del acalambrador taladro de pie y su escalofriante chillido al limpiar las piezas dentales cuyas oquedades había de obturar. Él y su linda esposa María Luisa aportaban a la arrolladora manada de chamacos, a dos de sus vástagos: Jaime y Marco Vinicio ("Pirincho"). A últimas fechas Martín, todavía un niño pequeño, se "pegaba" como chicle a sus hermanos más gran-

des encuadrados en la tropa; después hubo otros hermanos: Renato, Javier (el "Chapo"), José Alberto conocido por todos como "Timo" y Jorge Luis. Tenían una niña, Célica, quien pertenecía al ajeno mundo femenino.

Entre la residencia de los Bórquez y el edificio comercial situado en la esquina poniente se localizaba el solar baldío donde todo el mundo infantil acudía a ejercer su ancestral ministerio de corretear y armar bulla. Al fondo de este terreno, estaba un largo portal, sostenido por pilares cilíndricos de madera con plintos y capiteles torneados; era el portal trasero de una edificación de la cual jamás supe quién era el propietario pues el frente estaba por la otra calle, paralela a la Ángel Flores.

> Los chamacos formaban una sola familia
> de todos los colores y todos los tamaños,
> que gritaban, corrían y jugaban a diario,
> sin distingos sociales ni rencores de barrio
> *("Guasave viejo")*

Contigua a la casa-talabartería de don Ramón Díaz, estaba el taller de Cristóbal, un sastre de quien solo recuerdo su impresionante joroba. A unos cuantos pasos hacia el poniente se ubicaban las oficinas de Correos y Telégrafos. Su administrador, don Alfredo Contreras, venido de Zacatecas estaba casado con Soledad (doña Chole) Sarellano, señora bajacaliforniana quien cocinaba los "frijoles puercos" más deliciosos que haya probado en mi larga vida. Tenían 7 de familia: Hugo, Lupe, María Elena (la "Nena"), Juan, Alfredo (el "Fello"), María Luisa (Malicha) y Rosario (Chayito). Don Alfredo era, asimismo, concesionario de varias publicaciones; ahí se compraban los cómics semanales: Paquín, Pepín, Chamaco, Chamaco Chico, El Spirit, El Monje Loco, El Brujo, y otras revistas de truculencias por el estilo, donde El Príncipe Valiente, Rolando el Rabioso, Los Supersabios y otros grupos de héroes corrían las más arriesgadas y valientes aventuras. En algún momento

aquellos semanarios comenzaron a publicar las historietas de José G. Cruz, cuyo contenido nos gustaba muchísimo. Había también periódicos de circulación nacional, entre otros *Excelsior* y *Novedades* y algunos semanarios entre ellos figuraban *Para Ti, Vanidades y Jueves de Excélsior*. De vez en cuando llegaban misteriosas revistas compradas exclusivamente por adultos y cuidadosamente mantenidas bajo llave pues los chicos teníamos terminantemente prohibido leerlas. Eran un enigma resuelto muchos años después. Posiblemente en algún otro lugar también vendieran revistas y quizá libros, pero no lo recuerdo.

Correos y Telégrafos estaban ubicadas en una larguísima edificación, parte de la cual estaba muy deteriorada; ahí vivían varios hombres solteros; recuerdo a un ingeniero flaco y alto de apellido Caraveo y al profesor Francisco Favela, un hombre seco, de mirada dura, que componía versos y a quien los chamacos del barrio le teníamos terror porque tenía fama de "maestro pegador". En otro tramo de la edificación, este sí en excelentes condiciones, vivía otra familia, la de don Manuel P. Estrada, pero no hacía aporte a la plebada, todos eran "grandes": Manuel (Lito), Edmundo (El Quequis), Arturo (El Chanate) y Magda.

La avenida Zaragoza, conocida por nosotros solamente hasta el mercado (dos cuadras adelante), se había estrechado en su última cuadra hasta convertirse en un simple callejón y desembocaba en nuestra calle, casi frente al hogar de los Estrada, dejando solo dos esquinas: en la del Oriente estaba un local comercial donde una empresa vendía bombas para extraer agua y otros artículos para agricultura, según medio recuerdo, pero sí estoy seguro que el edificio fue estrenado en 1943, para coronar como Reina del Carnaval a la señorita Gloria Cortés, quien, por cierto casó con el agricultor don Francisco Ruiz Pacheco, padre Juan, Elba y Aideé. Juan militaba también encuadrado en las incansables hordas del grupo de la calle Ángel Flores.

En la esquina del Poniente, residía la familia Pérez de

la cual solo recuerdo cuatro personas una niña, blanca, ramente visible, Monchi, señorita morena, delgadita; a Roque, muy joven pero ya reconocido agricultor y al menor, Gonzalo, a quien todos los chamacos de la Ángel Flores envidiábamos por su bicicleta marca Fujiyama y sus uniformes del Centro Escolar del Noreste, la legendaria escuela del insigne maestro don Conrado Espinoza, ubicada en Los Mochis, al pie del Cerro de la Memoria.

La cuadra de los "Tachis", del Correo y de don Manuel Estrada era bastante larga y en la casa de la esquina al Poniente vivía un anciano, don Eleno Ahumada; lo recuerdo sentado por las tardes en una gran silla con asiento de vaqueta luciendo barba, blanca y larga, atendido por dos señoritas "grandes": las hermanas Ahumada. La Yeya, dedicada a dar servicio a las cabelleras. Quienes deseaban "hacerse un permanente"; ella convertía lacias melenas en cabello de apretados ricitos, utilizando unas substancias químicas de fétidos olores. La otra hermana, la Nanana, fue famosa por su sabrosísimo "pan de mujer". Cuando la dama estaba horneando, inundaba la calle un delicioso aroma, alegría vespertina para la plebada de la calle Ángel Flores. A su casa venían por temporadas sus sobrinas *la* Guagua y *la* Miruchi Acosta, muchachas a quienes no les dedicaba ni una sola mirada pues todavía no me llegaba el tiempo de ser atraído por el sexo contrario. Tenían un hermano, el "Pipo" Acosta; quien de vez en cuando aparecía procedente de Culiacán y se integraba de inmediato a las pandillas, aceptado sencillamente, como uno más.

Por las tardes, antes que saliera el pan de las Ahumada, pasaba, proveniente de algún lugar remoto y desconocido, un chamaco vendedor de pan el cual traía en un cajón de madera tapado con un lienzo. Las formas tradicionales picones, conchas, reinas, polvorones y elotes eran acompañadas del crujiente y torcido virote el cual relleno de frijol y queso era una delicia. Por la mañana, el mismo jovencito traía, en su cajón, deliciosos cortadillos, marquesote y pan de huevo. Los cortadillos eran triangulares; el marquesote

y el pan de huevo, cuadrados.

CASAS CON ALTOS TECHOS Y PAREDES DE ADOBE

cobijaban el nombre de las generaciones;
Y mientras otros pueblos se llenaban de extraños,
quien llegaba de fuera se quedaba en Guasave.
("Guasave viejo")

En la calle, junto a la acera de esta casa había un corpulento pino y un par de pirules, conocidos como "pimientos"; los tres árboles se cayeron cuando la creciente del 43. Todos los chamacos nos trepábamos al pino, pero nadie a los pirules pues dejaban la ropa impregnada de su resinoso olor, evidencia para nuestras madres de haber transgredido la perentoria orden de no subir a los árboles, infracción penalizada mínimamente con un jalón de orejas pero cuando la falta era muy grave: pantalón roto o camisa con manchas indelebles, podía elevarse a un par de terapéuticos tablazos en las asentaderas.

Justamente enfrente, pasando la muy angosta calle 21 de marzo, había una serie de casas, edificadas con paredes de adobe y la típica arquitectura de principios de siglo, muy común en Guasave. En una de ellas, la cual había visto mejores días, vivía la señora Emma González; me parece acuerdo tenía un chamaco, una hija menorcita llamada Ofelia y una bebé, Sonia, quien andando el tiempo sería poetisa y mujer de sólida cultura pero, ante todo, educadora muy querida del jardín de niños Loayza. Toda la plebada le sacaba la vuelta a doña Emma quien era enfermera de oficio y aplicaba inyecciones a domicilio; así pues, cualquier visita a los hogares, era motivo de terror del mundo infantil pues, como hemos de imaginar, la medicina pasaba por tiempos heroicos y para combatir las enfermedades se utilizaban algunos métodos aterrorizantes. Para las bronquitis y gripes nos recetaban *Eucaliptine* hipodérmico, un

líquido aceitoso, verde, espeso y horrendamente doloroso pues, según me acuerdo, cada inyección de la odiada *Eucaliptine* nos hacía berrear a todo pulmón. Recordando medicinas para curar esas mismas enfermedades del aparato respiratorio resaltan un par de emplastos pestilentes: el *Numotizine* la cual, aunque se aplicaba en frío, también podía usarse como cataplasma caliente, pero la peor de todas se llamaba *Antiflogistina* la cual se untaba sobre un pedazo de lienzo y después de calentarse en el tubo del quinqué, era aplicado a temperatura de acero líquido sobre pecho y espalda de los pobres niños con lo cual casi se les saltaban los ojos. Recuerdo la emulsión de Scott, un brebaje denso, con repugnante olor a pescado del cual todos quienes pertenecían al mundo infantil tomábamos diariamente una irrecusable porción y cuyo regusto quedaba en la boca toda la mañana; esta emulsión era para los privilegiados de los dioses, porque otros infortunados mortales debían se zumbarse una enorme cucharada de viscoso y nauseabundo aceite de hígado de bacalao. Esto es cosa mínima, comparado con la horrenda práctica materna de purgar a los chamacos. Cuando ella lo determinaba, había que purgarse ¡la mueeeeeerte chico! el mundo nos caía encima a los críos en forma horripilante: nos metían en la boca un frasco de aceite de ricino el cual habíamos de beber so pena de quedarnos asfixiados pues nos tapaban la nariz hasta haber tragado la última gota del asqueroso líquido.

Nadie sabe la razón, pero en esa época estaban de moda unos horrendos diviesos denominados popularmente "clavillos" o "nacidos". Salían de preferencia en la barbilla, en la nuca, en los brazos y hasta en la entrepierna. Para quitarlos se disponía de una especie de chicle, negro, pegajoso, hediondo, desagradable llamado *Emplasto Monopolis* indicado para infecciones de piel, piquetes y uñas enterradas; tomando un pequeño trozo se aplicaba sobre el forúnculo; en uno o dos días chupaba toda la porquería purulenta dejando un enorme cráter, profundo como el más respetable volcán, aunque libre del molesto "cla-

villo". Ya metido en medicamentos recuerdo también las píldoras del Dr. Ross, esferitas color de rosa tomadas por todas las mamás del universo infinito además de la infaltable pomada "de la Campana", aplicada generosamente sobre golpes, cortaditas, raspones; servía para todo, incluyendo aplicaciones sobre el rostro para limpiarlo y ponerlo terso como piel de bebé. ¡Ah!, otro producto medicinal era el linimento de Sloan, un líquido para calmar dolores musculares el cual se aplicaba suavemente sobre los músculos. Si alguien cometía el error de frotarlo, ardía como si te hubiesen aplicado un gran soplete de acetileno sobre la parte afectada.

Regresando a la esquina con el callejón 21 de Marzo, Tengo muy presente una sólida construcción de ladrillo el cual primero fue almacén para garbanzo y después albergó a la familia y al bien surtido abarrote de don Salvador Chávez, comerciante libanés procedente de Yecorato, Choix, casado con doña Sofía Castro y a quienes acompañaban sus siete hijos, cuatro hombres: Roque, Oscar, Salvador (Tito), Salim y tres muchachas: Solange, Nelly y Feddy.

En la cuarta esquina estaba la tienda de nuestra familia la cual llevaba el pomposo nombre de *"Las Minas del Boleo"* pero como estaba establecida en una casa de madera machihembrada traída desde el depauperado mineral Santa Rosalía, en Baja California. El pueblo llano le comenzó a llamar "La Tableta", su propietario, comerciante por los cuatro costados "se dejó querer" por la clientela y aceptó de buena o mala gana el populachero nombre impuesto a su tienda. Mi papá don Isidro G. Rodríguez, bajacaliforniano nacido en Mulegé, vino a Guasave trayendo una familia formada por el hijo mayor Guillermo, y cinco hijas, Mercedes, Raquel, Juanita, Alba y Bertha. Habiendo enviudado casó con Dolores Larios oriunda de Santa Rosalía; de ese matrimonio nací yo Manuel de Atocha, aquí en Guasave, y por último entrando década de los 40 nos llegó un bebé: Luís Antonio, apodado más tarde "Moky"; este elemento no alcanzó a formar parte de la plebada pues a raíz de la

inundación de 1943, cambiamos de domicilio alejándonos de la calle Ángel Flores. En nuestro establecimiento se vendía de todo, es decir el abigarrado surtido de ropa, abarrotes, medicamentos, usual en aquellos tiempos. Entresacaré de mis recuerdos algunas de ellas porque la lista es larguísima: frijol, arroz, harina, café, maíz, azúcar, sombreros y cobertores, pero había también telas, camisas y zapatos, velas, aceite de ricino, ollas de peltre, cachimbas de petróleo, quesos, huevos, cigarros (Muralla y Dos Naciones), huaraches, machetes, cadenas, agujas para *Victrola*, aceite quinado (para el pelo), pastillas para la tos, manteca de puerco, (nadie guisaba con aceite; el "aceite de comer" solo servia para frotaciones). Había también puntas para arado, pasando por decenas de otras mercaderías como, chanclas de mezclilla y galletas de animalitos, collares para mulas y frenos para caballos.

Pared de por medio había una casa donde vivía doña Chabela Pinto; no me acuerdo haber visto jamás a esta dama. En un solar más adentro vivía su hermano "El Cuate Pinto" al recuerdo montado en un caballo color "alazán bitachi", pequeño y vivaz, en el cual se paseaba a veces uno de sus hijos, mi amigo y heredero del apodo: Bernardo "Cuate Pinto".

Entre la casa de doña Chabela y la de don Juan B. Ahumada había un pequeño solar donde estaba una herrería. Ahí, el maestro herrero, cuyo nombre no recuerdo, calzaba puntas de arado y fabricaba herraduras, machetes, frenos para las cabalgaduras y unas hermosas, tintineantes, espuelas de estrella con incrustaciones de plata que contrastaban con el pavonado azul oscuro, conseguido al calentarlos al rojo cereza en su fragua y sumergirlos en un misterioso líquido, lechoso y hediondo.

Rodeada de una cerca de malla ciclónica y edificada sobre un terraplén de más de un metro de altura, había una construcción grande e imponente: la residencia de don Juan B. Ahumada. Tenía un hijo, güero alazán, Octavio y

6 hijas: Consuelo, Lucila, Beatriz, María Elena (La Nena), Lilí y Maria Cristina. A esa casa solamente entré una vez en la vida, invitado a un desayuno de primera comunión, No guardo la menor idea cómo era la casa por dentro pero sí recuerdo haber desparramado un trago de chocolate casi hirviente sobre la mesa de manteles blanquísimos, llena de bocadillos, galletas y pasteles.

Separado por una cerca estaba el Juzgado de Primera Instancia, una construcción cuya diferente arquitectura me parecía hermosa: alta, blanca, con techo de tejas. Pegadita, había una casucha donde varios zapateros hacían huaraches, reparaban calzado y fabricaban las chanclas de gamuza y de mezclilla usadas sin excepción por las aldeanas viejas. Cuando iba a la escuela, pasaba diariamente por ahí pero siempre lo hacía con miedo pues corría la leyenda urbana-infantil que uno de esos zapateros había asesinado a otro abriéndole el abdomen con un solo tajo de su afilada trucha.

Por la 21 de Marzo casi esquina con la Ángel Flores residían algunos músicos, integrantes de la popular banda de Margarito "El Músico". Uno de ellos era papá de Roberto y Rosario Díaz, miembros de la aguerrida plebada del rumbo. Su casa tenía un gran patio abierto por la Ángel Flores, también escenario de cruentos combates entre indios y tejanos. El baldío limitaba una casona, donde tenía su consultorio del Dr. Antonio Díaz de León, extraordinario cirujano; ahí consultaba también el doctor Jesús Flores Castro. Como entre sí y no me parece recordar a don Pedro Benard quien posiblemente ahí residía, pero tengo presentes con absoluta claridad a sus tres hijos, Pedro, Onofre y Manuel (El Prieto) a quienes la chamacada casi no conocía, pues primero habían estudiado en Guadalajara o México y, ya de regreso, aunque todavía eran jóvenes, preferían vivir casi todo el tiempo en su campo "El Tigre", por allá en los rumbos de Chuchumicari. Suscitaban extrema admiración en todos los chamacos al verlos llegar por las tardes, montados en caballos finos, de buena alzada, usando

sombreros de fieltro cuya alta calidad se notaba a leguas reata en mano hacían florituras arreando un hato de vacas paridas cuyos becerrillos, arremolinados junto a las madres, hacían diariamente su bucólica algarabía de tiernos mugidos.

En la casa de al lado vivió por un tiempo don Carlos Cortés, agente de la Almacenadora, (después Almacenes Nacionales de Depósito) y quien asimismo tenía a su cargo la selección del garbanzo utilizando eficientes máquinas cribadoras fabricadas por su suegro, don Ramón Ibarra; después, la familia se cambió a una casa ubicada por la angosta callejuela 21 de marzo, a no más de 75 metros de su antigua morada; por esta razón sus hijos seguían considerándose como parte del barrio de la Ángel; don Carlos, hombre de elevada estatura y modales reposados estaba casado con María, señora bajita, delgada, de facciones finas. Era, como dicen "un ajito" pues estaba en movimiento constante, ante todo tratando de controlar a sus hijos, traviesos e inquietos como pocos del rumbo: Carlos, Miguel Ángel y Jesús Hernando; después le llegarían otros bebés: Luis Alonso, Ramón y una niña: María del Consuelo. Esta fue la primera familia guasavense cuyos vástagos varones todos los serían profesionistas. Ignoro si Consuelo haya asistido a la Universidad pues se mudaron a Sonora.

En la casona de la esquina siguiente vivió don Blas Valenzuela, el hombre del cual se dice fue el artífice del progreso de la agricultura guasavense, compadre del general Álvaro Oregón y dueño de extensos campos de cultivo, pero ante todo del canal "Valenzuela", arteria irrigadora de la extensa región donde no solo se producía frijol y garbanzo pues para finales de la década ya se habían iniciado cultivos tan importantes como tomate y algodón. No llegué a conocer a don Blas, pero sí me acuerdo de uno de los hijos: Francisco (Chicón) Valenzuela quien, según se decía, le cercenaron la columna vertebral, por líos de faldas, condenándolo para siempre a una silla de ruedas; también me acuerdo, aunque muy vagamente de la rumbosa boda de

Rosalva hija de don Blas, con Ignacio Echavarría, miembro de una de las familias más conspicuas de la región.

Callejoncillo de por medio, la herrería de los hermanos Álvarez representaba el trabajo y el ingenio del hombre. Delgados, morenos, incansables, estos herreros-agricultores llenaban el ambiente con el golpear retintintineante de los martillos y el seco sonido de los marros modelando el hierro al rojo vivo, calzando puntas de arado, reparando muelles y haciendo una gran variedad de trabajos que requerían los campesinos de la región.

La calle Juan Carrasco se abría en "Y" al desembocar en la Ángel Flores formando una cuadra diminuta, como isla, donde estaba del edificio de la presidencia municipal cuya existencia nunca suscitó la menor inquietud ni mi curiosidad, excepto el terror causado por un abusivo policía llamado Apolonio quien, sin razón alguna gustaba de azotarnos una "cuarta", de cuero crudo trenzado. Tengo, además, un nebuloso recuerdo del presidente municipal don Jesús María "Chumaro" Armenta, quien diariamente pasaba frente a nuestro hogar camino a su oficina, montado en un caballito tordillo, con la pistola fajada muy al frente, a la usanza de los oficiales de la Legión extranjera francesa. De la cabeza de su silla de montar, colgaba un morral con su lonche para medio día y una *botella mulita*, llena de café y tapada con un trozo de olote.

Al costado poniente de la cárcel había otro importante taller donde carpinteros y herreros fabricaban carros de mulas, vehículos de altas ruedas, ligeros, incómodos, generalmente tirados por una pareja de acémilas. Estos populares carritos, de ubicua presencia, eran uno de los medios de transporte y carga más usuales en todo el territorio de Sinaloa, pues los habitantes de la región los utilizaban para todas las tareas imaginables, desde mover las cosechas, transportar la familia, llevar recién casados y en caso ofrecido, hasta carrozas fúnebres. Ambos talleres me marcaban los confines la calle Ángel Flores, el mundo de

mi niñez.

Hay ocasiones, cuando la Tierra, envuelta en la opalescencia luz anaranjada del sol poniente, anuncia la noche, entrecierro los ojos y, mientras platico con mis hijos, mis nietos revolotean a nuestro alrededor trayendo, con sus gritos y carreras, la evocación de aquel Guasave viejo, carente de pavimento, sin luces eléctricas, ni agua de tubería; donde no había computadoras, radio ni teléfonos y la televisión era solo fantasía del cine. Recuerdos de cuando correteaba sobre una calle iluminada por las estrellas, con aromas de monte y compartida con amigos leales, disfrutando del gozo absoluto de vivir en un mundo ideal.

Guasave, Sinaloa, marzo de 2010.

* Mención honorífica en el *Concurso de Relato COBAES* 2009. Publicado en Julio del mismo año.

GUASAVE VIEJO

Manuel de Atocha Rodríguez Larios

Hubo un Guasave viejo, con sabor de guayaba,
de ciruela yoyoma, de mango y de pitaya.
Mientras los garbanzales cubrían todo el valle
se sembraban sandías al final de la calle.

Sabores persistentes de las frutas del monte:
cuajilotes, capomos, papachis, bebelamas,
terrosos guayparimes, guamúchiles, aguamas,
¡y el transparente néctar de aquellas cacaraguas!

Ese pueblo de entonces, solo estaba formado
por cuatro callejones, el templo y el mercado,
dos boticas, tres tiendas, el correo, la escuela
y sembrada de flores la cuadrada plazuela.

Los chamacos formaban una sola familia
de todos los colores y todos los tamaños,
que gritaban, corrían y jugaban a diario,
sin distingos sociales ni rencores de barrio.

Las pepitorias eran delicia de los niños;
pirulines, torrejas, coricos, cortadillos,
y la sonriente cara de la comadre Chole
mostraba, en esperanza, atole de pinole.

Aquel Guasave viejo, con quinqués se alumbraba,
no tenía pavimento, teléfono, ni radio
pero era un lugar alegre y a nadie le importaba
porque en la orquesta Ibarra, Pedro Infante tocaba.

Aunque chico, Guasave desbordaba de orgullo
viendo pasar airosas las hembras en capullo,
con rostro como de ángel y con cuerpos de diosa
tomando, muy coquetas, sus raspados de rosa.

La cocina, ajuarada con ahumados comales
donde el ama de casa calentaba tamales,
convocaba en las tardes a comer la tortilla
con horruras, frijoles y guisado de ardilla,

colachi con elote junto al plato de asado,
costillitas de cochi con chile colorado.
Calabaza con leche terminaba la cena
junto al fuego benigno de la hornilla de leña.

Recuerdo el agua, fresca, sacada de la noria,
tomada con jumate junto a la enredadera,
tupida y verde fronda, que escondía la cocina
de los ojos metiches de la nueva vecina.

Durante la cuaresma llenaba los apastes
la delicia materna de la capirotada.
El café, de talega, tal como debe ser
para el sabroso, dulce, tierno pan de mujer.

Casas con altos techos y paredes de adobe
cobijaban el nombre de las generaciones;
Y mientras otros pueblos se llenaban de extraños,

quien llegaba de fuera se quedaba en Guasave.

Ya centenario, el templo resguardaba la imagen
de la virgen y el niño que domaban las aguas
del río imprevisible y derramando sus dones
su sonrisa muy dulce llenaba de perdones.

Por hoy aquí paramos, seguiremos más tarde
Con el recuerdo dulce de los tiempos pasados
De tiempos que se fueron pero siguen presentes
No solo en las cabezas sino en los corazones.

22-10-2014

La calle Ángel Flores de Guasave. Recuerdos de un lugar, una época, un ambiente, autoría de **Manuel de Atocha Rodríguez Larios,** se terminó de imprimir el mes de febrero de 2018, en los talleres gráficos de Creativos 7 Editorial, Baila 871, Col. Gral. Antonio Rosales, Culiacán Rosales, Sinaloa, México C.P. 80230
Tel. (667) 172-0685 y cel. (667) 175-7817
E-mail: creativos7editorial@hotmail.com

Esta obra consta de 500 ejemplares.

Manuel de Atocha sabe ser el tamiz de la memoria, y nos permite dimensionar a todo un pueblo a través de la recuperación de la vida y los personajes de una calle de Guasave, la Ángel Flores, pero que le ha dado trascendencia a su comunidad.

A través de esta recuperación de la memoria, Rodríguez Larios nos permite reencontrarnos con juegos, usos y costumbres que se han ido perdiendo. Cambia el paisaje: el urbano y el humano. Los niños se hicieron hombres, aquellas niñas son damas de amorosa alcurnia y linaje familiar, no el del relumbrón del dinero sino el de los afectos de los amigos y vecinos.

creativos
EDITORIAL